

algunos instantes sobre la respuesta que debía dar al babou; pero reflexionando que en todo caso Soupraya-Chetty no podía proporcionarme más que una sorpresa agradable, bajé al jardín, seguido de mi chocra, que espiaba mis movimientos, procurando adivinar la respuesta que yo iba á dar, y habiendo cogido una hoja de betel, le arranqué un pedacito con la uña, y se la entregué sin pronunciar una sola palabra, dándole á entender que asistiría á su invitacion.

El muchacho la colocó en uno de los pliegues de su chomin, y llevando la mano á la frente en señal de accion de gracias, se alejó corriendo en la direccion de la morada de Soupraya-Chetty.

Habia cerrado ya la noche, é iba á pedir la comida, cuando el ruido de un coche, parándose por el lado del jardín del bengalow que miraba al campo, llegó á mis oidos, y un minuto despues, Soupraya-Chetty se hizo anunciar por el mestizo que recibe á los visitantes en todas las casas.

—No te esperaba tan temprano,—le dije.

—La hora es buena para ir al campo, pues acaba de levantarse la brisa del mar,—respondió el babou.—¿Estás listo?

—Sí, dentro de un cuarto de hora habré acabado mi comida, y estaré á tus órdenes.

—Deja tu comida á Amoudou, pues te he hecho preparar una en Wannapané, con los mejores vinos de tu país.

—¿Me vienes á convidar á comer?

—No es precisamente ésa la invitacion que vengo á hacerte.

—Pero ¿me podrias explicar...

—¡Illé!...

La expresion *illé* es un *chut* tan enérgico en lengua tamoul, que yo miré á mi interlocutor con un verdadero asombro.

Despues de haber pronunciado aquella palabra, Soupraya-Chetty llevó vivamente el índice á sus labios, y señalándome á Amoudou y Kandasamy, que clavaban cajones en la verandah, me hizo señas de que le siguiese.

Yo no insistí más.

Una vez en el coche, que partió al galope de dos magníficos *purs sangs* de Singapoore, me volví hácia mi compañero, y empecé un interrogatorio en regla.

—Vamos, babou, ya estamos solos, y puedes explicarme el enigma de tu carta.

—Esta noche hay saky-poudja en la pagoda de Kandah-Swany, y como te he oido decir que deseabas ardientemente asistir á una de esas fiestas, me he arreglado de modo de poder conducirte al espectáculo, cosa que pocos europeos pueden vanagloriarse de haber visto.

Yo me quedé tan asombrado que no pude contestar nada, pues consideraba que Soupraya aventuraba ser arrojado de la casta introduciendo á un europeo en el santuario de la pagoda para presenciar una de esas orgías brahmánicas llamadas saky-poudja, que los sacerdotes ocultan con cuidado hasta á sus mismos compatriotas.

Yo se lo hice notar.

—No tengo nada que temer,—me respondió,—pues soy yo quien hace todos los gastos de la fiesta, y mañana que quisieran denunciarme, los jefes de la casta de los commoutys no hallarian un solo brahma que depusiera contra mí. Por

lo demas, sólo un sacerdote sabrá que un europeo ha asistido á la fiesta...

Yo habia oido con frecuencia hablar de estos misterios ó fiestas nocturnas que los sacerdotes sectarios de Siva celebran en los subterráneos de sus templos, conocidos de ellos solos, y en los que se entregan á la más espantosa licencia; sabia tambien que los brahmas se aprovechan de esas orgías para fanatizar á los fakirs, dejándoles comprender que los goces que disfrutan no son nada en comparacion de los que les esperan en la otra vida, si en ésta afrontan las más horribles torturas en honor de sus dioses.

Pero hasta entónces, y á pesar de mis vehementes deseos para asistir á una de esas escenas extrañas que llevaban mi pensamiento á los misterios de Grecia y de Egipto, no habia podido encontrar un sacerdote que consintiese en infringir por mí la ley religiosa, introduciéndome en una de estas reuniones, y siempre me habian respondido: «No saldrias de allí vivo».

A pesar de que esto no me asustaba, pues sé que un europeo no corre peligro alguno cuando va acompañado de un brahma, no encontré, repito, ninguno que quisiese introducirme en la pagoda.

Así fué que con un sentimiento singular de curiosidad y emocion supe de repente que iba á presenciar una de esas orgías sacerdotales, que empiezan con las ceremonias religiosas más importantes, y que tienen su ritual ni más ni ménos que los otros sacrificios del culto.

Después de las primeras palabras que cambiamos, Soupraya-Chetty se calló, esperando, según

las reglas de la urbanidad india, á que yo reanudase la conversacion.

Pero por más deseos que tenia de interrogarle de nuevo, dejé para la hora de comer las preguntas que tenia que hacerle, y me dejé llevar de ese bienestar físico y embotamiento intelectual que han excitado siempre en mí las noches de la India.

Nada puede dar una idea de esa naturaleza, que se calma, se apacigua bajo la brisa del mar, y se carga de los perfumes que se escapan de esos millones de árboles, de bejucos y de flores á medida que la frescura reemplaza al ardor del sol. El sándalo, el tamarindo, los lotus azules de los estanques, los amatles que se enroscan á los tallos flexibles de los jóvenes bambúes, unen sus odoríferas exhalaciones, mientras que llegan á ráfagas y de lejos los perfumes más acres de los campos de vetiver ó de los bosques de canela. A esto se une un eterno concierto, pues en el cáliz de cada flor zumba un pájaro-mosca, sobre cada rama gorjea un bengalí ó una búbula, y bandadas de loritos pequeños cyngaleses, que muerden en cuanto los arrancan de su isla embalsamada, hacen oír sus cantos melodiosos y extraños, y durante toda la noche, los pájaros de todas clases dejan oír un concierto continuado, hasta que el alba empieza á aclarar el horizonte.

El breack del babou se habia parado delante del peristilo de la casa de Wannapané, y aún no habia yo dado las gracias á Soupraya por la sorpresa que me preparaba; pero vuelto en mí de la emocion que me habia producido, le di las gracias calurosamente, considerando el favor que me

hacia como uno de los más grandes que había recibido en mi vida.

Todo estaba preparado en el comedor para recibirnos, iluminado *a giorno*: la mesa cargada de manjares, el champagne helado en las botellas, los criados en sus puestos, y los pankah-bohis, acurrucados en la verandah, se disponían con sus cuerdas en las manos á menear sobre nuestras cabezas grandes pankahs, destinados á dar á nuestros pulmones aire fresco y renovado.

No describiría nuestro *menu*, de carry, pescados raros, aves y caza de todas clases, si no tuviese la esperanza de encontrar entre mis lectores gran número de aficionados, y con el objeto de demostrar que no sólo en Europa se come bien.

El cocinero malabar del babou había combinado admirablemente los recursos que ofrecen la cocina india y la cocina francesa para servirnos una de esas comidas que no olvida el viajero.

Júzguese de lo siguiente:

Sopa de tomate con puré de pavo; los tomates, que son del tamaño de las cerezas, habían sido cocidos enteros á fuego lento, y un pavo asado machacado y pasado por tamiz, formaba el caldo espeso de aquel puré.

Entradas:

Salmon negro del cabo de Comorin, servido sobre un lecho de ostras salteadas.

Vavales crudos (caracoles grandes de mar) salpimentados.

Colas de langosta asadas á las brasas.

Guisado de cordero con salsa de limon dulce (de esto se come mucho en el país).

Pavos salvajes á la parrilla.

Ensalada de pimientos dulces.

Arroz blanco con filetes de pavo real.

Pechugas de pollo, de pato brahma, filetes de langosta y anguila, huevos de faisán, de tortuga y de zarceta.

Asado de búbula (especie de ortolano del país), y un carnero entero, tan perfectamente asado, que al partirlo brotaba un jugo rosado y perfumado de las yerbas que había pastado, sólo comparable al carnero criado en Normandía, en los prados salados, y que había sido criado allí en los magníficos valles de Samanta-Kounta.

Entremeses:

Crema vegetal de manzana canela, pasteles al pistache, ananas al champagne.

Postres:

Bananas, higos frescos, mangos, zapote, anones, guayabas.

Vinos:

Champagne helado.

Como ha visto el lector, al hacer la descripción del *menu* he seguido en todo la costumbre del servicio indio, y copiado literalmente la lista que, litografiada, encontré en mi servilleta al tiempo de sentarme.

La costumbre de servir la ensalada en medio de la comida, como refresco y excitante para el apetito, me ha parecido una excelente innovacion, sobre todo para los países cálidos, que aconsejo imitar, como yo desde entónces la he imitado.

¿Se creará sin duda que semejante festin estaba preparado para veinte convidados lo ménos?

Pues no había más que dos cubiertos en la mesa, ni el babou había invitado á nadie más que

á mí; pero aun cuando hubiera ido solo, hubiera sido servido con la misma profusion.

Los cyngaleses de las clases elevadas, sin cuidarse de las prescripciones religiosas, rigurosamente seguidas por los indios de la Gran Tierra, hacen uso de la carne y de los vinos y licores hasta delante de los europeos, en cuya discrecion confían. Pero el espíritu de casta y el respeto humano son tales, que dos cyngaleses de la misma casta, que sólo cada uno de ellos ó juntos los dos estén con un europeo, no tendrán reparo en comer carnes prohibidas, y hasta embriagarse, lo que no harian ciertamente estando los dos solos.

Por esto la mayor parte de los babous ricos tienen, como Soupraya-Chetty, una casa de campo lo más cerca posible de la ciudad, en donde no ponen jamás los piés ni su familia ni sus amigos, y en donde pueden con toda seguridad entregarse á su inclinacion á las bebidas alcohólicas. Todos saben á qué se destinan esas moradas perdidas en la espesura, pero nadie confesará lo que sabe de ellas.

Soupraya pasaba por ser uno de los que más frecuentaban su casa de campo.

Sentado ante aquel festin regio, que aparte de los vinos, no habria costado más de ocho ó diez rupias, por la baratura de las aves, pescados y caza, segun mi costumbre, comí y bebí con moderacion. En cuanto al babou, que habia visto con frecuencia á los gentleman del servicio de la reina rodar por debajo de la mesa á los postres, no quiso dejar de imitarlos, y al llegar á la octava botella de champagne, le cargaron en brazos y se lo llevaron.

Como no eran más que las nueve de la noche, el babou tenia tiempo de dormir, y yo tambien me instalé cómodamente en la verandah para descansar un rato; pero no tardé en convencerme que me sería imposible conciliar el sueño, dominado por las múltiples impresiones que me agitaban, y me fui á un saloncito amueblado á la europea, que formaba parte de las habitaciones que habia ya ocupado en la gran fiesta de Kandah-Swany, y me puse á hojear un voluminoso álbum en que los moutchis más hábiles del país habian iluminado las imágenes de los principales dioses, semidioses y héroes del panteon indio, y escrito sus más notables hazañas. Miraba maquinalmente el álbum, cuando de repente vi un dibujo que representaba á una joven madre dando de mamar á dos gemelos sobre el dintel de una caverna, en medio de un espeso bosque. El dibujo era fresco y lleno de encanto, y tenia debajo la inscripcion siguiente: «La diosa Sita, esposa de Rama, lactando sus dos hijos en la ermita del penitente Vasichta».

Estas palabras despertaron mi curiosidad. Yo conocia las aventuras de Rama en busca de su mujer Sita, robada por el rajah de Ceylan, aventuras que han dado origen al Ramayana y la Iliada, y que han celebrado casi todos los poetas de la antigüedad.

Como no conocia aquella historia, me apresuré á leer la narracion que habia debajo del dibujo en lengua tamoul, y con gran asombro vi que las aventuras de Sita, despues de su libertad, eran una de las más antiguas leyendas que se conocen y con la que distraen á los niños en Europa: la historia de Genoveva de Brabante.

»Después de haber vencido á Ravana y libertado á su mujer Sita, Rama volvió á sus Estados. Algun tiempo después de su vuelta á Aodhya, habiendo salido una noche de su palacio para saber lo que pasaba en la ciudad, oyó en un rincón de una calle á un lavandero que peleaba con su mujer, sobre cuya fidelidad dudaba. En medio de su arrebato, quiso arrojarla de su casa, diciéndole que él no haría lo que Rama, que conservaba á su lado una mujer que había estado en poder de otro.

»Estas últimas palabras hirieron profundamente á Rama, que volvió á su casa penetrado de dolor y despecho. Mandó llamar á Latchoumana, su hermano, le contó lo que había oído, y le mandó que se apoderase de Sita, que la llevase á lo más lejos de algun espeso bosque, y que allí le diese muerte.

»Latchoumana salió á ejecutar las órdenes de su hermano; pero como Sita se hallaba en cinta, tuvo horror del crimen que iba á cometer, y resolvió salvarle la vida. Pero ¿qué estratagemas inventaría para persuadir á Rama de que el crimen estaba consumado? En el bosque adonde había llevado á Sita se encontraban muchos de esos árboles que, raspando su corteza, esparcen un jugo de color de sangre. Latchoumana tiende su arco, coge la flecha destinada á atravesar el corazón de Sita, la dirige contra uno de esos árboles, la tiñe con el jugo que suelta, y abandona á Sita á su desgraciada suerte. En seguida va á anunciar á Rama que su venganza está satisfecha, y para probarsele, le enseña la flecha teñida, según decía él, con la sangre de su mujer.

»Sola y abandonada en aquel lugar salvaje, la pobre Sita prorumpió en gritos lamentables, vertiendo un torrente de lágrimas.

»No lejos de aquel sitio había establecido el penitente Vasichta su ermita, y al oír aquellos gemidos y sollozos, se aproximó á Sita, y le preguntó la causa de su aflicción.

»La infortunada, deshecha en llanto, y tomando un aire de dignidad que impuso al penitente, le respondió en estos términos:

—«Yo soy Sita, hija del rey Sonata y de la diosa Kaly, y mi esposo es Rama.»

»Al oír aquellas palabras, el penitente se prosternó ante la diosa, y después, juntando las manos, le dijo:

—«Ilustre diosa, ¿por qué os entregais de ese modo á la desesperación y al dolor? Habiéis olvidado que sois la reina y dueña del mundo, y que de vos depende la salvación de todas las criaturas, pues *de vuestra descendencia debe nacer la virgen madre del redentor prometido por Vischnou.*»

»En seguida le dirigió algunas palabras de consuelo, y la condujo á su ermita, donde le ofreció el sacrificio.

»Pocos días después, Sita dió á luz dos gemelos, que el penitente Vasichta educó con el mismo cuidado que si fuesen sus propios hijos.

»En aquel tiempo, Rama, queriendo llevar á cabo el gran sacrificio del ekiam (purificación solemne), dejó escapar el caballo que debía servirle de víctima. El animal, después de haber recorrido muchos países, fué al sitio donde habitaban los dos hijos de Sita, y éstos, llenos de fuerza y valor,

aunque no tenían más que cinco años, consiguieron detenerle.

»Anouman, general de los ejércitos de Rama, fué con un poderoso ejército á combatir á los hijos de Sita para recobrar el caballo; pero fué vencido por ellos, y obligado á buscar su salvacion en la fuga.

»Cuando Rama recibió la noticia de aquel desastre, se puso á la cabeza de su ejército, y fué en persona á atacar á sus nuevos enemigos. Pero fué vencido tambien por los hijos de Sita, y sus soldados hechos pedazos, sin que se escapara uno solo.

»Instruido Vasichta de este acontecimiento, fué en persona al campo de batalla, el cual encontró cubierto de cadáveres. Movidó de compasion hácia Rama y los suyos, pronunció sobre ellos el mentram que da la vida, y los resucitó á todos.

»Rama volvió á su reino, y persistió en su idea de hacer el sacrificio del ekiam, invitando con este fin á todos los reyes vecinos y á los brahmas más ilustres del país. Pero estos últimos, consultados acerca de llevar á cabo el sacrificio, respondieron que no alcanzaria éxito alguno como no estuviesen á su lado su mujer y sus dos hijos. Despues de muchas dificultades, consintió Rama en llamarla, y le hizo en apariencia un buen recibimiento.

»Por consiguiente, se llevó á cabo perfectamente el sacrificio del caballo. Rama quiso despues repudiar de nuevo á su mujer y enviarla al bosque, pero todos los reyes presentes intercedieron en su favor, y Rama cedió, exigiendo, sin embargo, que se sometiese á la prueba del fuego,

para probar que su virtud no habia sufrido menoscabo.

»Sita, altiva con su inocencia, salió bien de la prueba del fuego y de otras muchas no ménos peligrosas, y á pesar de todo no pudo borrar de la mente de su esposo su odiosa sospecha.

»Agobiada de confusion y vergüenza, y vertiendo un torrente de lágrimas, dirigió á su madre la súplica siguiente:

—«¡Oh, Kaly, diosa de la tierra! Tú que me has dado el sér, justifícame en este día á los ojos del universo; y si es verdad que siempre he sido una mujer virtuosa y casta, dame un testimonio auténtico, abriéndote á mis piés y tragándome.»

»Apénas profirió aquéllas palabras, cuando, abriéndose la tierra, la sepultó viva en su seno.

»Rama tardó poco tiempo en seguir á su esposa; penetrado de dolor por haber desconocido la virtud de una mujer tan perfecta, y habiendo dividido su reino entre sus dos hijos, se retiró á las orillas del Ganges, en donde vivió algun tiempo en el retiro y la penitencia, terminando pronto su carrera mortal.»

No hay duda que esta leyenda, que ofrece tanta analogía con la conocida en Europa, ha llegado hasta nosotros por las emigraciones sucesivas que, partidas de la Alta Bengala y de las cumbres del Himalaya, han colonizado los países celtas, germánicos, scandinavos y slavos, conservando en los nuevos países que han ido invadiendo poco á poco, no solamente el idioma, sino hasta las principales tradiciones poéticas y religiosas de su cuna.

Por lo cual se deduce que todos los idiomas antiguos y modernos, á pesar de las transforma-

ciones que les han hecho sufrir los siglos, se derivan del sanscrito; y que en nuestras costumbres, nuestras ideas religiosas y hasta en nuestros códigos, encontramos signos indiscutibles de nuestro origen indo-asiático.

De repente, el grito de un chacal que resonó en el bosque me arrancó de mis meditaciones, y cerrando el álbum, me adelanté á la verandah á ver si distinguía del lado de Kandah-Swany alguna señal de la fiesta misteriosa que iba á tener lugar allí, pues la hora se aproximaba. El pueblo de Wannapané estaba iluminado, y como eran las fiestas de Mayo, cada casa tenía su fakir narrador ó su rápsoda, y de cuándo en cuándo la brisa traía á mis oídos el canto cadencioso que acompaña toda declamación poética. A la izquierda, la gran pagoda de Kandah-Swany se destacaba en la sombra, y ni un ruido ni una luz turbaba la silenciosa oscuridad que rodeaba el inmenso edificio. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones, de donde salía un relámpago que atravesaba el espacio en zigzag; la atmósfera estaba llena de electricidad; ántes de una hora estallaría la tempestad.

De repente me pareció que andaban detras de mí; me volví bruscamente, y me encontré frente con Anandrayen, el criado de confianza de Soupraya-Chetty. Como permanecía inmóvil, esperando, según la costumbre indígena, que recibiese orden para hablar, le pregunté el motivo de su venida.

—El babou te ruega que le excuses,—respondió el dobachy;—pero está ocupado en hacer sus abluciones, y volverá á reunirse contigo dentro de poco.

—Con efecto, necesita un buen baño,—dije yo sonriendo.

Sin dejar comprender que había entendido mis palabras, Anandrayen continuó:

—Si el señor belatti (extranjero) quiere seguirme, estoy encargado de vestirle de un modo más cómodo para esta noche.

—¿Quién te lo ha mandado?

—Soupraya-Chetty.

—¿Y cuál es el traje que tengo que ponerme?

—El traje malabar.

—¿Tardaremos mucho en ir?

—No comprendo lo que me preguntas...

Como conozco á los indios, esta respuesta significaba:

•Sé que Soupraya-Chetty te va á llevar á que veas la fiesta de la poudja en la pagoda; pero un buen servidor debe cerrar los ojos sobre las faltas de su amo...»

Nada en el mundo puede hacer confesar á un indio lo que quiere ocultar; y aun cuando los agentes ingleses de baja clase les infligen severos castigos, ó para arrancarles hasta la última rupia, ó para hacerles confesar algun crimen, no han dado jamás estos castigos resultado alguno.

En pocos minutos me arrollaron alrededor del cuerpo los veinte ó treinta metros de muselina ligera que con el nombre de *chomin* componen el traje cingales; y cuando Anandrayen me colocaba en la cabeza los últimos pliegues del turbante, se presentó el babou, tan fresco y tan dispuesto como si sólo hubiera bebido agua desde la víspera, teniendo en la mano una cajita de bombones hechos de la raíz del curcuma (azafran de la India) y de

la esencia del jengibre, destinados á sobrexcitar las fuerzas, y de los que usaba abundantemente.

En cuanto estuvimos solos, me hizo seña de que le siguiese al jardin; y cuando llegamos al estanque de las abluciones, se paró y me dijo en voz baja:

—Aquí he dado cita al brahma que debe introducirnos.

—¿Cuánto crees que tardará en venir?

—Cinco ó seis minutos á lo sumo,— me respondió,— pues ya debe ser cerca de la una de la mañana.

—Tiempo suficiente para que calmes mi curiosidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que te voy á interrogar ahora mismo.

—Como quieras.

—¿Por qué me has hecho poner este traje malabar?

—Por consejo del brahma que va á acompañarte.

—Me lo figuraba; pero este disfraz no impide que me reconozcan por un europeo.

—Es verdad; pero sólo tiene por objeto enganar á la gente que podrias encontrar en el camino, y con la oscuridad de la noche nadie podrá distinguir tu rostro.

—Esa precaucion es buena para afuera; pero dentro de la pagoda no será posible la ilusion.

—Sí, porque no entrarás en la sala subterránea en donde se va á celebrar la fiesta, pues sería una locura llevar allí á un hombre de tu raza; pero existen unas criptas talladas en el granito, y que en medio de las esculturas y bajorelieves

tienen unos agujeritos que sólo saben los brahmas y que caen encima de los subterráneos donde se celebra la sakti-poudja. Allí estarás, y podrás asistir á la fiesta sin correr el menor riesgo de ser descubierto.

—¿Estarás tú á mi lado?

—No, pues todos los años soy el primer invitado á la fiesta, y me guardaria bien de no asistir á ella, pues es el único dia en que puede uno entregarse á la alegría sin contraer mancha alguna; allí verás á dos ó tres rajahs y á los más ricos babous de la península.

Cuando acababa de decir aquellas palabras, vimos menearse las ramas de los laureles rosas, y apareció ante nosotros una sombra.

—¡Saranai, aya! (salud, respetable señor),— dijo al momento el babou.

—¡Assirvahdam! (que Dios nos bendiga),— respondió el desconocido.

—Mira—continuó el babou presentándome— al señor brahma de las provincias del Norte de que te he hablado, que desea ver las fiestas de las grandes pagodas del Sur, para saber si son tan hermosas como las de su país.

—¡Bien venido sea! La Cruz del Sur se inclina hácia el mar, y desde hace mucho tiempo los elefantes sagrados han tocado sobre los gongs (1) del santuario la hora que divide la noche; la fiesta de la naturaleza fecundada va á empezar. Seguidme.

Nos metimos por un pequeño sendero, y dejando á un lado el pueblo de Wannapané á la de-

(1) Instrumento músico que usaban los indios.

recha, para evitar en lo posible ser vistos, nos dirigimos á la pagoda de Kandah-Swany, consagrada á Vischnou, entrando en su recinto por una pequeña poterna situada cerca del coraly de los elefantes.

Cuando llegamos cerca del estanque sagrado, Soupraya-Chetty se separó de nosotros para entrar bajo los pórticos de la pagoda, en donde se reunían los invitados.

El brahuna me cogió de la mano para guiarme por la oscuridad, y así anduvimos largo rato en la dirección del inmenso y sombrío monumento. Después de haber atravesado una serie de patios interiores cuyo destino no pude distinguir, nos encontramos frente á un elefante esculpido en granito, de cincuenta pies de tamaño, y que llevaba encima á la virgen Devanaguy y á Christna niño. Entre las patas del gigantesco animal había un espacio por el que pasamos mi conductor y yo, y empezamos á bajar á los subterráneos del edificio por una escalera muy estrecha; conté hasta setenta y dos escalones, y luego nos paramos. Entonces, inclinándose el brahuna á mi oído, después de haberme dicho que habíamos llegado al sitio donde iba á colocarme, me recomendó el silencio más absoluto.

En seguida mi misterioso interlocutor me atrajo dulcemente hacia sí, y entramos, siempre á oscuras, en una cueva tallada en la roca viva en la pared lateral izquierda de la escalera. A los veinte pasos me hizo parar bruscamente volviendo hacia la derecha, y habiéndome advertido que habíamos llegado, me hizo sentar sobre un banco de granito pegado á la pared de la cueva.

—¿En dónde estamos?—le dije.

—En una de las criptas de la pagoda.

—¿Voy á quedarme aquí sin luz?

—Sí; es preciso que no puedas ser sorprendido, y la luz es un compañero indiscreto.

—Pero ¿cómo podré ver desde aquí la fiesta?

—Enfrente de tí hay una abertura que da sobre el santuario subterráneo dedicado á Saktý. Bien pronto los velakou (lámparas sagradas) inundarán estos sitios con su luz, y te parecerá ver el Swarga (cielo de Indra) abrirse ante tus ojos deslumbrados... Es preciso que te deje para asistir á los últimos preparativos, pues una ausencia demasiado prolongada sería notada... Después de la fiesta, yo mismo vendré á buscarte... No intentes salir solo de aquí, pues te podría suceder alguna desgracia. Salam, aya (adios, señor).

—¿Cuánto tiempo debo permanecer aquí? ¿Y no podré á tientas volverme por el camino donde he llegado?

Mi pregunta no recibió respuesta alguna, pues el brahuna se había ya marchado, sin que sus pies descalzos hubiesen producido el menor ruido sobre las losas; pero estaba seguro que no había tomado el mismo camino que antes, pues para volver atrás, hubiera sido preciso pasar por delante de mí, lo que él no había hecho.

Yo lo confieso, estaba poseído de la emoción más fuerte que he sentido en mi vida. No tenía idea alguna del sitio en que me encontraba; la pavorosa oscuridad que me rodeaba pesaba sobre mi alma más de lo que puede decirse, y entonces comprendí que la fatiga y el aislamiento pueden conducir á la alucinación. De repente me

acordé que entre los pliegues de mi traje malabar habia metido un compañero de viaje que no me abandona jamás (me refiero á un portacigarrillos con todos sus accesorios de fósforos-bujías para los campamentos, eslabon y mecha para cuando hace viento), encendí inmediatamente un fósforo, y al resplandor de su luz vi que me encontraba en un corredor tallado en el granito, y que se prolongaba á derecha é izquierda hasta perderse de vista. En lo primero que pensé fué en inspeccionar inmediatamente el camino que habia recorrido con el brahma, para ver si podria yo irme solo por él, en el caso de que me cansase de permanecer en aquellas rocas subterráneas.

Lo que contribuía á tenerme inquieto, era pensar que estaba á merced de un extranjero que podia olvidarse de mí, y que si no venía ántes de que fuese de dia, tendria que esperar á la noche siguiente para hacerme atravesar la pagoda y el pueblo de Wannapané en el traje que llevaba. Lo que equivalia á decir á todo el mundo que el Franguy-saeb (señor frances) habia asistido á la fiesta de Sakty-poudja. Poco le importaria al brahma comprado por Soupraya-Chetty que sospechasen lo que habia hecho, con tal de que no hubiera nadie que pudiera decir: «Yo lo he visto».

Provisto de mis fósforos, que renovaba á medida que avanzaba en mi excursion, á los cuatro pasos me encontré con la abertura por donde el brahma me habia hecho entrar bruscamente en el corredor, y me metí por ella sin vacilar, y al momento me encontré frente á la escalera por donde habíamos bajado. Un viento fresco que venia de fuera, y que amenazaba extinguir mi luz,

acabó de probarme que no me habia engañado. Tranquilo ya por este lado, me volví á toda prisa al banco donde me habia dejado el brahma, y desde cuyo sitio podia ver la fiesta nocturna...

Ahora que pongo en órden estas notas de viaje, me pregunto si me será posible, ayudado de circunloquios y de frases veladas, describir bastante castamente aquel tejido de horrores y de infamias contra la naturaleza, rodeadas con toda la pompa de las ceremonias indias, que se llaman las fiestas de Sakty-poudja, ó misterios de la fecundacion universal.

Voy ahora á dar á conocer la idea que dió nacimiento y que preside á estas fiestas.

La Sakty-poudja fué instituida en honor de haber sido fecundada la naturaleza por la trinidad Brahma-Vischnou-Siva para llegar á la creacion.

La naturaleza, en su union con los tres dioses, está representada en el panteon vulgar de los indios por las tres diosas, Bahvany, Lakmy, Sakty; y estas tres diosas son las que se celebran é invocan en las fiestas obscenas de que nos ocupamos, y durante las cuales, los asistentes se creen permitido todo bajo el velo religioso, sin contraer mancha ni cometer crimen alguno.

Pero volvamos á la pagoda de Kandah-Swany.

Apénas me instalé de nuevo en mi banco, oí vagos murmullos que subian de las entrañas de la pagoda hasta mí, y cuya naturaleza no podia definir. De repente, una débil luz encendió los fuegos artificiales, y por la abertura que tenia delante de mí, fijé ávidamente mis miradas en lo que se veia á mis piés. Durante algunos segundos no pude distinguir otra cosa que millares de

estrellas de diferentes colores que caían en cascadas, seguidas inmediatamente de otras que se apagaban para ser reemplazadas á su vez.

Estas luces, estos fuegos de Bengala, cesaron poco á poco, pero el inmenso santuario subterráneo permaneció iluminado; los brahmas se habían aprovechado de los fuegos artificiales para que sus fakirs iluminasen con una ligereza increíble los centenares de lámparas que parecían, colgadas en todos los rincones, otras tantas luciolas inmóviles.

Yo me encontraba exactamente en la situación de aquel que mirase á la nave de una iglesia por una de las aberturas de la cúpula, y retuve con gran trabajo un grito de admiración á la vista del espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos...

Figúrese el lector una inmensa cripta subterránea socavada bajo la pagoda en una roca de granito, y en la que estaban reunidas todas las maravillas del antiguo arte indio que inspiró el arte antiguo del Egipto y de la Grecia... Columnas aéreas de veinte metros de altura, todas hechas con cincel, graciosas cariátides que parecían sostener la bóveda del edificio; y en la cúspide de las columnas, cornisamentos extraños, capiteles policromos, hojas de acanto enrollándose en los frisos, esculturas á lo largo de las paredes, del estilo griego puro, dórico, egipcio, gótico, romano, encaje árabe, edificado y esculpido cuatro ó cinco mil años antes que el Egipto hubiere hecho los cimientos de Tébas, que la Grecia hubiese construido el Parthenon, y que los árabes hubiesen grabado y cincelado la Alhambra.

Y en medio de todas esas maravillas de la arquitectura y de la escultura de los antiguos brahmas, dominadores de la India y de Ceylan; en medio de aquel templo subterráneo y al lado de esas estatuas de mármol blanco y de granito rosa ó negro, ¿quiénes son esas tres diosas palpitantes, animadas, que se ven, sobre el altar dedicado al Linguam, en todo el esplendor de su desnudez, con la pureza de forma y los encantos incomparables de la mujer india á los quince años? ¡La ilusión es completa!...

¿Sois vosotras Bahvany, Lakmy y Sakty, que habeis bajado del empíreo para inculcar en el corazón de los mortales el culto de lo bello? ¿Sois vosotras las que inspirásteis á Daouthia el escultor, las que quitásteis el cincel de Praxitéles ó de Fídias cuando trabajaba el mármol de Corinto ó de Lésbos?...

Alrededor de las tres jóvenes, que con los cabellos trenzados de flores, y colocadas sobre la mesa de granito rosa del Linguam, representaban á las tres grandes diosas que concibieron las obras de la trinidad y produjeron el mundo, habia, enteramente desnudas tambien y en posturas variadas de éxtasis y de adoración, unas veinte bayaderas que podian reconocerse como tales por los brazaletes triangulares que llevan en los tobillos y en los brazos, y cerca de ciento cincuenta mujeres de las más jóvenes y lindas de Wannapané. Cerca de ellas vi á los tres brahmas poudjarys, ó sacrificadores, y un poco detras, todos los brahmas de la pagoda con los namadarys ó invitados á la fiesta, entre los que vi en primer término á Soupraya-Chetty, el babou. A cada lado

había una docena de fakirs, de rostro ascético, sosteniendo en sus brazos grandes ánforas llenas de licores excitantes y embriagadores. Todos, tanto hombres como mujeres, tenían el traje más primitivo...

A pesar de todo, los primeros momentos de la ceremonia estuvieron llenos de grandeza y poesía, y no puedo explicar el efecto que produjo en mí la vista de todos aquellos cuerpos de mujeres, frescos y jóvenes, en posturas extáticas, sobre lechos de hojas de rosas, de amatles y de lotos azules, en medio de las columnas esculpidas y de todas las maravillas de la arquitectura india.

A una señal del jefe de los poudjarys, todas las mujeres se levantaron, y luego se acostaron, enlazando sus brazos y sus piés para formar como una vasta corona animada alrededor de las tres mujeres que representaban las esposas celestes de la trimourty (trinidad). Jamás la imaginación de un fumador de opio, en sus sueños insensatos, ha visto nada más extraño, más magnético, más enervante, que aquel espectáculo, aquellas olas de carne humana sobre un océano de flores...

Y por todas partes se quemaban sobre tres piés de oro bolas de perfumes que los fakirs regaban con polvo de sándalo, y el humo diáfano y blanco acariciaba todos aquellos cuerpos enlazados, ántes de elevarse en espirales hácia la bóveda del templo subterráneo.

Era un espectáculo extraño, fantástico.

El poudjary hizo una nueva señal.

Ahora les tocaba el turno de la adoración á las tres diosas, madres del universo, á los brahmas.

Estos se aproximaron coronados de guirnal-

das de flores y follaje, y se prosternaron ante el altar del Linguam, sin franquear sin embargo la graciosa muralla que las mujeres hacían á su alrededor con sus cuerpos.

En aquel momento, trajeron por montones viandas de todas clases, prohibidas en tiempo ordinario, y los brahmas las bendijeron, como igualmente las ánforas llenas de arack (aguardiente de arroz) y otros licores espirituosos, ofreciendo á las diosas un sacrificio de flores, incienso y sándalo.

Apénas se terminó la bendición, hombres y mujeres se levantaron de un brinco y se arrojaron sobre las viandas y las bebidas que acababan de ser consagradas, apostando á quién comería y bebería más... Toda la poesía acababa de huir en un instante... y la orgía empezaba...

En poco tiempo no quedó nada ni en los platos ni en las ánforas; se comía para tener fuerzas, se bebía para embriagarse... y la borrachera era completa.

¡Las mujeres, con los ojos lánguidos y provocativos, se ponían en posturas voluptuosas sobre sus lechos de flores... mientras que los hombres, fumando sus cigarrillos de opio, esperaban la última señal! Los fakirs, ebrios hasta el idiotismo, se arrastraban á lo largo de las columnas de granito, lanzando rugidos de bestias salvajes... Sólo los tres brahmas poudjarys parecían haber conservado toda su sangre fría, conteniendo hasta el momento convenido aquella multitud exaltada...

De repente, un nuevo fuego artificial estalló en culebrinas ligeras y multicolores. Los tres poudjarys avanzaron, y sobre el lecho de ramas

y flores que cubría el pavimento del templo llevaron á cabo públicamente la obra de la generacion con las tres jóvenes que representaban las diosas Bahvany, Lakmy y Sakty, en honor de la fecundacion universal de la naturaleza...

En el mismo instante, un grito de alegría lanzado por trescientos pechos resonó en el inmenso santuario dedicado á las saturnales brahmánicas, y todos, hombres y mujeres, se precipitaron con furor unos sobre otros, como dos manadas de tigres en celo que van á reunirse en la junquera... Sólo la casualidad presidía aquella horrible mezcolanza... y cuando aquellas bacantes y aquellos sátiros sedientos llegaron al último grado de la exaltacion, no distinguian ya los sexos...

Debo pararme aquí, y no seguir bosquejando estas costumbres espantosas que manchan hoy día los misterios religiosos de la India, misterios que este país transportó por emigracion al mundo entero. En efecto, hay pocos pueblos que bajo pretexto de rendir culto á la fecundidad de la tierra, no hayan erigido altares al desenfreno y al libertinaje. Irrecusables monumentos históricos atestiguan los excesos que se cometian en los templos de Céres, de Baco, de Júpiter y de Vénus en Grecia, de Mithra entre los magos de la Persia, y de Osiris entre los hierophantes de Egipto.

Yo no pude soportar la vista de estos horrores, y me retiré en el momento en que la orgía se convirtió en el libertinaje contra la naturaleza... Antes de intentar salir de aquel sitio, me senté un momento sobre el banco de piedra, preguntándome á mí mismo si las gentes que acababa de ver pertenecian realmente á la especie humana,

y si era aquello todo lo que traía el despotismo religioso al que se doblegaba á sus leyes.

Provisto de mis fósforos, cuya luz era suficiente para guiarme, dejé á los adeptos de la Sakty-poudja entregarse á sus odiosos excesos, y volví á tomar el camino que habia recorrido con el brahma. Al llegar á aquella gran escalera, el viento de la mañana, que habia refrescado y que penetraba con fuerza por el estrecho tubo hecho en el granito, apagó mi luz. Sin encender otro fósforo, para no llamar la atencion de los brahmas que rondarian por los patios del edificio, me lancé resueltamente en el corredor, apoyándome con las manos en las paredes laterales de la escalera; pero una vez las adelanté, y sólo encontré el vacío; faltándome el apoyo que creía encontrar, por poco caigo por un lado; pero me paré á tiempo adivinando un peligro, y encendiendo una de mis pequeñas bujías, eché una mirada á mi alrededor; á la altura de los escalones de granito habia una abertura tallada en la roca viva, igual á la que habia atravesado para llegar á la cueva, que daba á una vasta cripta, cuya entrada era imposible sin un puente, pues la separaba una distancia de tres metros lo ménos de anchura, y cuya profundidad no pude apreciar. Por poco caigo yo en el abismo, y pensando sin duda en este peligro, fué por lo que el brahma que me habia conducido allí me dijo que no me menease hasta que él viniera á buscarme.

En fin, acabé mi ascension con minuciosas precauciones, y al llegar donde estaba el enorme elefante, que era la entrada del subterráneo, aspiré con delicia el aire fresco del campo. Nada pesa

como la soledad á treinta ó cuarenta metros bajo tierra, en una cripta de piedra... Me parecia salir de una tumba.

Las estrellas palidecian ligeramente, y á lo léjos, en el horizonte, no se veia más que un brazo de la Cruz de Sud; serian próximamente las cuatro de la mañana. La calma más completa reinaba en la pagoda, y escondiéndome cuanto pude detras de las columnitas de la galería que acompaña el muro de circunvalacion, me dirigí hácia la salida, pues anhelaba quitarme el traje con que iba disfrazado, y descansar algun tiempo.

Al pasar por el koraly, donde estaban encerrados los elefantes sagrados, los colosos me saludaron con un gruñido amistoso, y no tardé en salir al campo, y separándome del pueblo de Wannapané para que nadie me viese, por no comprometer á mi amigo Soupraya-Chetty, llegué á la casa del babou, y encontré á Anandrayen velando y esperando la vuelta de su amo.

Ni una palabra ni una pregunta indiscreta salió de sus labios, cuando me ayudó á desembarazarme de aquellas alas de muselina que me servian de traje, y sólo me preguntó si deseaba que preparase una hamaca en la verandah, ó si preferia dormir en mi cuarto. Preferí este último punto, y salió para prepararlo todo, sin que nada, ni en su porte ni en sus palabras, me diese á conocer que estaba al corriente de lo que me habia pasado.

Despues de haberme refrescado unos instantes en el agua fria del estanque, me metí por debajo del mosquitero en un ancho divan que me servia de lecho, y pude gozar de un reposo que

dos noches sin sueño y las excitaciones que habia experimentado me habian hecho indispensable.

Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando Soupraya-Chetty y yo volvimos á Jaffnapatnam.

El desgraciado babou no podia tenerse de laxitud y agotamiento de fuerzas, pues le habian traído borracho perdido de la pagoda, y apenas estaba repuesto cuando salimos de Wannapané.

Al llegar al bengalow, vi con placer que mis dos criados se habian portado admirablemente, y que todos los preparativos de la marcha estaban hechos. Amoudou me entregó con aire triunfante la lista de todos los objetos que habia embalado cuidadosamente, y recibió con orgulloso placer las alabanzas que les prodigué á él y al excelente Kandassamy.

Y lo más raro fué que mi nubio declaró que Kandassamy era un buen muchacho, y que bajo su direccion llegaria á ser maestro en el oficio de empaquetar. Les di algunas monedas para echar un trago de callou, previniéndoles al mismo tiempo que nos pondríamos en camino al dia siguiente al rayar el dia, y me fuí á pasar mi última noche á casa del coronel Maxwell.